

**LIDERAZGO EN LA ESCUELA CATÓLICA
DESAFÍOS DE LA ENSEÑANZA DE FRANCISCO
(Congreso CIEC 2020, Santiago de Chile)**

+ Héctor Eduardo Vargas Bastidas, SDB
Obispo de San José de Temuco
Presidente Área Educación Conf. Episcopal Chile

Algo de contexto

Una de las grandes preocupaciones de toda comunidad humana, de quienes la dirigen, y en especial los que ejercemos algún tipo de liderazgo en la formación de sus nuevas generaciones, es conocer, comprender y evaluar los aspectos más esenciales de realidad global en que éstas viven, para en base a valores compartidos, discernir las mejores estrategias para avanzar en la construcción del bien común y el desarrollo integral de las personas. Se trata de educar desde las exigencias del humanismo solidario.

En tal sentido, reconocemos que nos convocamos en el tradicional Congreso de la CIEC, en medio de una convulsión política, social y económica de proporciones, que desde hace meses impacta fuertemente a varias naciones del planeta, de nuestro continente, incluido Chile. Los acontecimientos vividos son de la mayor gravedad y motivo de gran preocupación, tanto por sus causas como por su desarrollo y sus efectos. Entendemos que son parte de un proceso que venimos experimentando durante décadas y que tiene consecuencias profundamente humanas que no podemos ignorar.

El profundo malestar de personas que se ven afectadas por injustas e inaceptables desigualdades, por decisiones arbitrarias que les afectan en su vida diaria y por prácticas cotidianas que consideran abusivas, porque lesionan especialmente a los grupos más vulnerables como los pobres, migrantes, adultos mayores, niños y mujeres. También por un tipo de sociedad, estilos de liderazgo y estructuras sistémicas que de diversos modos han favorecido diversos tipos de corrupción e injusticias, generando mucha violencia.

Por otra parte, debemos asumir también, que vivimos una sociedad compleja, en un mundo globalizado, donde conviven grupos de personas con intereses divergentes, visiones diferentes, historias no compartidas, grupos de personas que viven en realidades que no se encuentran cara a cara, pero cuyas acciones u omisiones tienen consecuencias. Este gradual deterioro de la amistad cívica, que nos va fragmentando, se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia”. Tenemos que hacernos cargo de entender las raíces de esa violencia y trabajar con urgencia para prevenirla, detenerla y generar formas pacíficas de hacerse cargo de los conflictos

Por otra parte los Pastores reunidos en Aparecida, afirmaban que al mismo tiempo vivimos además un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios; Aquí está

precisamente el gran error de las tendencias dominantes del último siglo. Quién excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y solo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. Surge hoy, con gran fuerza, una sobrevaloración de la subjetividad individual.

Las nuevas generaciones en sus aspiraciones personales profundas, son las más afectadas por la cultura del consumo. Tienen una nueva adicción por las sensaciones y crecen, en una gran mayoría, sin referencia a los valores e instancias religiosas. En medio de la realidad de cambio cultural emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse.

Para el Cardenal Robert Sarah, cuando era Presidente del Pontificio Consejo “Cor Unum”, en Conferencia en EEUU, afirmaba que “vivimos una época agitada, porque nuevos sistemas políticos y económicos dominantes están determinando nuevas realidades sociales. Existe también el intento de reducir la religión a un común denominador aceptado por todos, una religión basada en meros acuerdos humanos. Este es un peligroso intento por concebir a los seres humanos como un modelo antropológico universal que puede ser controlado por el poder económico y la sociedad, en lugar de considerar cada ser humano en el contexto de su condición social y cultural irreplicable. Esta grave crisis debido a la carencia de una visión antropológica integral, ha dado lugar a una amenaza real de destrucción de la dignidad humana, el matrimonio y la familia. Este intento de excluir a Dios de la esfera humana y unir a las personas en torno a un humanismo materialista, pone duramente a prueba a la Iglesia y su misión”.

En este sentido, el Papa Francisco en un encuentro con a las diversas confesiones religiosas, les ha exhortado a “que por encima de todo, debemos mantener viva en el mundo la sed de absoluto, no permitiendo que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a lo que produce y lo que consume: se trata de una de las trampas más peligrosas de nuestro tiempo”.

Desafíos de la enseñanza de Francisco, al liderazgo católico en la construcción de la sociedad

Así, a la hora de especificar el aporte de la fe en la construcción de la sociedad, Francisco afirma que hay que promover una nueva presencia de líderes católicos, en los diversos ámbitos de la vida humana, principalmente nuevos métodos que permitan forjar alternativas que simultáneamente sean críticas y constructivas, que busquen siempre el bien posible, aunque sea modesto, pero con clara identidad social cristiana. Que más allá de doctrinas e ideologías, nos da la libertad de comprometernos voluntariamente cuando así lo decidimos, y participar de acuerdo a nuestra conciencia en los desafíos del poder, las estrategias, la acción. Construiremos sociedad, pero nosotros, sin esperar o aceptar que otros la hagan a nuestro nombre.

Las personas católicas somos seguidores de una persona que es Jesús de Nazaret y no de una doctrina o idea. Ese seguimiento se da en el camino de la vida y en la historia de la humanidad. Es dentro de ella y en la lógica de la encarnación, en que nos desarrollamos en la construcción de la sociedad. De esta forma, como Iglesia que somos todos los bautizados,

hacemos nuestra la afirmación del Concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón...La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.» (GS 1)

Es por esto que la Iglesia en cumplimiento de su misión a lo largo de su historia, ha promovido el compromiso de laicos y laicas en la vida social y política, como parte de su vocación de creyentes y seguidores de Jesucristo. A ellos los exhorta a concretizar su liderazgo, aportando a este diálogo la riqueza de los valores y principios de su Enseñanza Social que brotan desde el Evangelio, como son la dignidad humana, el bien común, la justicia social, la solidaridad y subsidiariedad del Estado, el destino universal de los bienes y su concepción de desarrollo humano integral, en que la economía está al servicio de las personas.

Impulsar el diálogo social como contribución a la paz y al bien común. (EG)

Justamente de la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas deriva, en primer lugar, el principio del bien común, al que debe referirse todo aspecto de la vida social para encontrar plenitud de sentido. Es un bien arduo de alcanzar, porque exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio. Es por ello que una visión puramente histórica y materialista terminaría por transformar el bien común en un simple bienestar socioeconómico, carente de finalidad trascendente, es decir, de su más profunda razón de ser.

El único modo de eternizar un conflicto, es cerrando filas entre los iguales, que comparten la misma visión de mundo, con idénticas actitudes e iguales formas de acción. Así, los anhelos y esperanzas, dolores y angustias de la otra parte, o del resto de la sociedad, arriesgan quedar postergados. La entera y diversa sociedad, no es una suerte de botín, del cual se pueda libremente disponer desde instancias de elite o luchas de poder. Nos asiste la convicción que la ausencia de diálogo, solo arriesga más exclusión, más pobreza y más violencia.

En consecuencia, afirma el Santo Padre, el conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad. Pero hay una manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9).

De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar auténticos líderes que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva, y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio según Francisco, es indispensable para construir la amistad social: “la unidad es superior al conflicto”. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y

los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna.

En una hora crucial de su vida Jesús se detiene a pedir por la unidad. Su corazón sabe que una de las peores amenazas que golpea y golpeará a los suyos y a la humanidad toda será la división y el enfrentamiento, el avasallamiento de unos sobre otros. Hoy queremos entrar con Él en este huerto de dolor, también con nuestros dolores, para pedirle al Padre con Jesús: que también nosotros seamos uno; no permitas que nos gane el enfrentamiento ni la división. Esta unidad es el don que Dios nos quiere regalar para ser auténticos líderes, protagonistas de la historia.

La unidad no nace ni nacerá de neutralizar o silenciar las diferencias. La riqueza de una tierra nace precisamente de que cada parte se anime a compartir su sabiduría con los demás. No es ni será una uniformidad asfixiante que nace normalmente del predominio y la fuerza del más fuerte, ni tampoco una separación que no reconozca la bondad de los demás. La unidad pedida y ofrecida por Jesús reconoce lo que cada persona, cada colectivo, cada pueblo, cada cultura está invitada a aportar en esta bendita tierra. La tarea del líder es recoger lo que el Espíritu ha sembrado en ellos, como un don también para nos.

Esto nos introduce en el camino de la solidaridad como forma de tejer la unidad, como forma de construir la historia; esa solidaridad que nos lleva a decir: nos necesitamos desde nuestras diferencias para que esta tierra siga siendo bella.

Interpelaciones al liderazgo católico en la educación.

“La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas”. Estas palabras de San Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* (1975) han marcado el pensamiento y la acción de la Iglesia en los últimos tiempos. Preocupación asumida por San Juan Pablo II y transformada en propuesta evangelizadora: “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”. Desde estas perspectivas la evangelización de la cultura o las culturas se ha convertido en uno de los grandes desafíos de la Iglesia contemporánea, en modo particular en la formación de las nuevas generaciones.

Francisco, por su parte, afirma que el proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al negar toda trascendencia, ha producido una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del relativismo, que ocasionan una desorientación generalizada, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios. (E.G. 64).

De hecho ya el Concilio Vat II había trazado un camino metodológico, señalado las pautas evangelizadoras para esta importante tarea en un mundo plural y muy secularizado, como son superar una actitud de rechazo o condena, por una actitud de apertura y oferta audaz de diálogo y colaboración. Es lo que el Papa Francisco ha proclamado como la “**cultura del encuentro**”. Ello exige necesariamente estar en posesión de una sabiduría suficiente, que

permita conocer cuál es la identidad, vocación y destino último de la persona y del género humano, y ponerse al servicio de todo ello.

Por esto el Papa siempre rechazó las dialécticas que enfrentan, y su ideal es el “poliedro”, que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices. El poliedro es una sociedad donde las diferencias puedan convivir complementándose, enriqueciéndose e iluminándose unas a otras. De todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible. Todos pueden iluminarnos, aunque no los entendamos del todo, entonces también empezamos a construir una cultura del encuentro. Cuando se vuelve cultura, se ha convertido en una "pasión" compartida, en unas ganas, en un entusiasmo y finalmente en un estilo de vida.

Al existir una suerte de marginación de lo anterior, no resulta paradójico que el mundo contemporáneo, haya alcanzado metas importantes en el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, de la ciencia y de la técnica pero, al mismo tiempo, carezca de una programación para una convivencia pública adecuada, que haga posible una existencia aceptable y digna para cada uno y para todos. Requiere de educadores católicos capaces de liderar diálogos con la cultura, acerca de estas cuestiones como la convivencia social, el bien común, el diálogo, basados en la amistad cívica, y en el pleno respeto de la vida, la dignidad y derechos de cada persona.

De este modo, las tensiones entre la ética cristiana y civil a la hora de abordar temáticas de interés común, como lo es la educación, aparecen como una oportunidad que desafía nuestra capacidad de comprender las posibilidades que tenemos de incidir, en la construcción y cuidado del presente y futuro de la sociedad. Aspectos como la humanización de la justicia, el compromiso con la responsabilidad social y política, y el cuidado de los derechos y promoción de los deberes, serán raíces éticas y espirituales para establecer un diálogo sólido sobre las contradicciones que surgen de las acciones humanas.

En este sentido, el Santo Padre, instala tres ámbitos de acción que considera prioritarios en el diálogo de la Iglesia con la sociedad: Justamente, en medio de la historia que hoy vivimos, el Papa invita a los líderes católicos a privilegiar en primer lugar, las mujeres, en cuanto pilares en la edificación de la Iglesia y la sociedad., sin olvidar que «la esperanza en Latinoamérica tiene un rostro femenino». En segundo lugar, los jóvenes, porque en ellos habita la inconformidad y rebeldía que son necesarias para promover cambios verdaderos y no meramente cosméticos. Jesucristo, eternamente joven, está presente en su sensibilidad, en la de ellos, en su rostro y en sus inquietudes. Y en tercer lugar, los más pobres y marginados. Porque en la opción preferencial por ellos, la Iglesia manifiesta su fidelidad como esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.

Asuntos que exigen posiciones, acciones e impactos en la conciencia de creyentes y no creyentes, y que pueblan nuestras instituciones educativas.

Lo anterior no significa en absoluto que la educación católica ha de ser neutra. Siempre la educación tiene intencionalidades implícitas o explícitas, o no sería educativa.

Intencionalidades que pasan por una antropología específica, un modelo de sociedad con dimensiones políticas, y económicas que propone y defiende un sistema de valores que le definen una axiología.

Por ello el esfuerzo para conjugar razón y fe, si llega a ser el alma de cada una de las disciplinas, las unifica, articula y coordina, haciendo emerger en el interior mismo del saber escolar la visión cristiana del mundo y de la vida, de la cultura y de la historia. Lo cual significa que no se concibe que se pueda anunciar el Evangelio sin que éste ilumine, infunda aliento y esperanza, e inspire soluciones adecuadas a los problemas de la existencia del hombre; ni tampoco que pueda pensarse en una verdadera promoción del hombre, sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo. Así la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el sentido último de su vida. (Juan Pablo II, Carta “Iuvenum Patris”.)

Finalmente, nos dice el Papa Francisco, la misma fe cristiana puede conducir a distintos compromisos y así debemos respetarlo, no pretendiendo ser intérpretes únicos. Pero en los debates que atentan directamente contra la cristiandad, como lo es el de la defensa de la vida, es fundamental que los católicos digamos presente plenamente, y que las diversas voces se conviertan en una sola. Sobre lo demás, tenemos bastante tiempo para discutir.